

## LA NEGATIVA INFLUENCIA DE FLAUBERT

Gustave Flaubert tomó a su cargo a Maupassant porque era amigo de la infancia de su madre y de su difunto tío Alfred Le Poittevin.

En primer lugar, dudó mucho que al solitario de Croisset, como así llamaban a Flaubert por su aversión a las relaciones mundanas, le entusiasmasen tener por compañero a un joven que le gustaba la actividad al aire libre y la compañía de mujeres de dudosa reputación. ¿Qué hacer con un muchacho cuyos gustos, vida y aficiones divergían tanto de las del sobrio y austero autor de *Madame Bovary*?

No obstante, Flaubert, prisionero de un compromiso afectivo con la madre y el difunto tío del joven Guy, no tuvo más remedio que acoger en su casa a ese chico que tenía ínfulas de grandeza y vocación de poeta. Cuántas mediocridades y vocaciones se quedan en el camino... Y Flaubert no estaba entusiasmado con el talento que veía despertarse en el joven Maupassant. Menos mal que al principio esta relación se limitaba a una visita dominical para compartir un almuerzo. Era ese día cuando el aspirante a escritor presentaba a examen sus trabajos realizados con duro esfuerzo durante la semana, aprovechando los pocos momentos que su trabajo de funcionario en el Ministerio de Marina se lo permitía. El maestro los leía, los tachaba, los rompía y le conminaba a volver a empezar de nuevo.

Maupassant padeció los rigores de la severidad extrema de Flaubert por ser este un perfeccionista y meticuloso autor que, para escribir una página que lo colmara, necesitaba días e incluso semanas de arduo trabajo y fatigas. De ahí se desprende su escasa producción. Flaubert leía en voz alta lo que escribía y si alguna palabra alteraba el ritmo fluido de la prosa, rompía la cuartilla y recomenzaba de nuevo. Alejandro Dumas decía que Flaubert tenía que talar un bosque entero para construir un cajón. Era una metáfora muy afortunada.



**Gustave Flaubert**

Este método de trabajo fue el que Flaubert inculcó a Maupassant y que provocó en este último múltiples accesos de desesperación al ver como sus esfuerzos eran vanos cuando el maestro los juzgaba y los arrojaba con desdén a la papelera.

Pero Flaubert no solamente frenó la actividad literaria del joven Maupassant, sino que lo empapó de su ideología pesimista, misógina y antiburguesa. El alegre remero, siempre de juerga y amante de las bromas, se fue convirtiendo progresivamente en un hombre taciturno, melancólico, temeroso, desconfiado y repleto de prejuicios hacia los burgueses, los funcionarios, los políticos, los aristócratas, los académicos, el matrimonio. Su misoginia fue en aumento. Schopenhauer y Flaubert fueron sus mentores filosóficos, y la mujer, según estos prohombres, solamente tenía la cabeza para adornarla con un sombrero.

Los honores deshonran y el cargo embota, decía Flaubert a Maupassant que, deslumbrado ante la magnificencia del maestro, creía a pies juntillas todo lo que su prócer postulaba. Esta máxima le hizo renunciar a la Legión de Honor y a su ingreso en la Academia Francesa.

Una relación tan especial dio lugar a una nada desdeñable rumorología. Se llegó a afirmar que Flaubert era padre biológico de Maupassant. Esta revelación publicada en un periódico en vida de Guy, jamás llegó a ser desmentida. Tal vez el propio

Maupassant se lo tomase a broma y no creyó conveniente desmentir tal noticia, tal vez fuese un rumor que le convenía e incluso le honraba. En cualquier caso, es extraño que no saliese en defensa de la honorabilidad de su madre a la que tanto amaba.

*Pierre et Jean* es una novela que trata del descubrimiento, por parte de un hijo, del adulterio de la madre. Es una novela tan profunda en su psicología y tan vívida, que pareciera que contuviese algo de autobiográfico. Este último argumento lo sustentan los defensores de esa paternidad espuria de Flaubert.

Uno de los más importantes biógrafos de Maupassant, Armand Lanoux, llega a decir en su biografía, *Maupassant, le bel ami*:

La cantidad de semejanzas entre Flaubert y Maupassant, morales, físicas, de carácter, ideológicas, artísticas, es impresionante. La misma robustez normanda, mismo terreno hereditario, idéntico gusto por las muchachas de burdel, mismo amor al arte, idéntico nihilismo, igual anticlericalismo, mismo antimilitarismo, mismo odio hacia la estupidez, igual desprecio hacia el burgués, misma repulsión por el Orden, igual alejamiento respecto de «la masa», en definitiva, igual concepción del mundo. ¡Es demasiado!

Pese a dejar caer ese párrafo, Lanoux no se manifiesta a favor de esa paternidad tal vez por temor, ante la duda, a caer en una falta de rigor histórico.

Los vínculos familiares falsos entre uno y otro se dejaron deslizar en muchos periódicos de la época. Desde tío, padrino y pariente en general, hasta afirmar que Alfred Le Poittevin era primo de Flaubert. Unos vínculos familiares inexactos que también se trasladarán a la prensa de otros países haciéndose eco de los rotativos franceses, estos últimos más en contacto directo con ambos personajes.

En casi todas las biografías, glosas, artículos o reseñas sobre Maupassant parece ser que la influencia de Flaubert fue positiva. De justicia es reconocer que Flaubert le enseñó el oficio, aunque Maupassant tuvo su propia personalidad y con el tiempo y ya célebre, se fue alejando cada vez más del maestro en el ámbito literario y de la escuela naturalista a la que en sus inicios fue afecto. Muchas veces se les ha comparado. Creo que es un error. La calidad de Flaubert como escritor es mayor que la de Maupassant, así como su cultura, sin embargo Maupassant fue mejor observador y un más fiel fotógrafo de la realidad circundante; pero lo más importante fue que la acogida por el público del discípulo no tiene parangón con la del maestro. ¿Quién tiene razón, la crítica o el público? Normalmente crítica y público suelen presentar muchas divergencias a la hora de juzgar, pero la eternidad la concede el público y no el crítico.

De hecho hubo que esperar mucho tiempo hasta que la crítica universal, y sobre todo la francesa, más reacia, reconociese a Maupassant como un escritor de primer orden. En vida del autor se esgrimía que un autor que interesaba a tanto tipo de público y abordaba tantos variados temas, no podía ser de interés para los auténticos hombres de letras. Prejuicio motivado por los rencores, envidias y celos, tan presentes en los ámbitos literarios y académicos. Recordemos las hirientes palabras de Goncourt: «Maupassant en un buen *juntalíneas* pero un auténtico escritor, no y no.»

¿Cómo explicarse que aquel hombre de aspecto de rudo aldeano normando fuese más celebrado que el refinado, aristocrático y exquisito Goncourt? Pues así fue. El público juzga de forma inapelable y no ve más allá del sentimiento placentero o doloroso que la obra de arte le produce.

Goncourt era un estilista y escritor para una elite. Maupassant era popular y llegaba a todos los rincones de los corazones de hombres y mujeres de todo el mundo.

Flaubert invitaba a almorzar todos los domingos a Maupassant. A las 14:30 llegaba Zola, Turgueneff, Daudet, Goncourt y otros. Maupassant, en un rincón, observaba atento a aquellos insignes tertulianos soñando con convertirse en uno de ellos. De tal modo consideraban su presencia los demás, que cuando Maupassant adquirió una súbita celebridad con uno de sus primeros relatos, todos quedaron atónitos, pues jamás llegaron a pensar que aquel discreto muchacho, que se mantenía en un rincón del salón de Flaubert, pudiese haber tenido talento alguno.

No obstante el maestro no le permitía publicar. «No hagamos de él un fracasado» escribía Flaubert a una impaciente Laure que, como amante madre, deseaba el rápido triunfo de su primogénito.

*Boule de suif*, el más célebre relato de Maupassant y el que lo encumbró de forma definitiva y meteórica, recogido en la antología *Les Soirées de Médan*, fue publicado casi a espaldas del maestro. El año que Maupassant despunta, muere Flaubert. ¿Qué ocurriría si el maestro siguiese supervisando la obra del discípulo? Probablemente hoy careceríamos de muchas obras maestras que no lo serían tanto para Flaubert.

Así pues, volvemos al principio planteándonos la pregunta inicial: ¿Fue favorable o pernicioso la influencia de Flaubert sobre Maupassant?

Favorable en cuanto a sus enseñanzas como escritor, pernicioso en lo relativo a su psicología como hombre. Si existiese un Maupassant sin Flaubert, su obra sería menos pesimista y agria pero probablemente también sería cualitativamente inferior, y tal vez tuviésemos un Maupassant desprendido de tanto prejuicio como del que en vida hizo gala.

Jacques Bienvenu, presidente de la Asociación de Amigos de Maupassant en Marsella, en su libro *Maupassant Flaubert y el Horla*, nos recuerda la siguiente carta que Alexandre Dumas hijo, gran amigo y conocedor de ambos escritores, dirigió a un amigo el mes de enero de 1893, cercana ya la muerte de Maupassant:

Mi querido amigo,

...

Lo que usted me dice de Maupassant quedará entre nosotros. Yo intuía un drama en la vida de ese muchacho al que quería como se podría querer a un hijo. Habría sospechado siempre que pronto desaparecería joven. Me parece que podría haberle sido de mucha ayuda, si me hubiese hecho voluntariamente confidencias que yo, naturalmente, nunca quise provocar. Yo habría sido feliz reparando tanto como fuese posible la mala influencia física y moral que Flaubert había ejercido sobre él.

Es cierto que Maupassant nunca siguió los consejos de Maupassant en lo que a las mujeres se refiere. Flaubert le aconsejaba moderación, pero su vida alegre, díscola y promiscua contribuyó también a su deterioro físico, por lo que no comprendemos esta mala influencia física. En lo moral podemos entenderla mejor como ya apuntamos anteriormente.

En cualquier caso, la historia siempre se ve según el color del cristal con el que se mira. El eufemismo de la botella media llena o media vacía sirve para establecer esta relación tormentosa por momentos o apacibles en la mayoría de las veces entre el discípulo y el maestro.

Lo que no podemos dudar y está perfectamente constatado es que el amor, el respeto y la admiración que Maupassant sentía por Flaubert está fuera de toda duda, con lo que la posible mala influencia jamás fue óbice para los biógrafos a la hora de

reconocer el cariño que ambos se profesaban. Padre biológico, padre putativo, tío, padrino... ¡poco importa!... Lo relevante fue la intensa y estrecha relación que influyó tanto en uno como en otro y sin cuya presencia jamás tendríamos al Maupassant del que hoy todavía seguimos gozando.

¿Debemos estar agradecidos a Flaubert? Sí. Lo demás sería hacer literatura-ficción. Tal vez un buen tema de una novela sería la otra vida de Maupassant desligada por completo de Flaubert... ¿En qué se convertiría nuestro escritor?... A saber.

José M. Ramos González  
20 de febrero de 2011.